

**El hombre elefante:
una lectura de la teoría aristotélica de los monstruos en la obra de Lynch**
Nayr Mónaco, Sofía – Johansen, Melisa (Universidad del Salvador)

Los monstruos de Aristóteles

Al hablar de naturaleza finalística hacemos referencia, en principio, a la cosmología teleológica aristotélica. Asimismo, para Aristóteles, en el mundo de la naturaleza todas las cosas cambian ya que poseen la configuración del acto y/o potencia. El cambio sólo puede darse a partir de algo que está en acto hacia la potencia, así, una cosa se mueve porque otra le impulsa a ello, aquella porque otra a su vez le otorga fuerza motriz.

La Causa final, será aquello a lo que tiende la cosa, para lo cual y en vistas de lo cual es. Si la cosa se mueve y cambia es para algo, y ese algo es un fin. En dicha concepción teleológica del cosmos, todo tiene un sentido, una función y todo tiende por naturaleza a ello. “Pues aquello para lo cual las cosas son tiende a ser lo mejor y su fin; y no hay diferencia en decir que este fin es el bien mismo o el bien aparente.” (Aristóteles, versión 1995. 195 a24-25)

Sin embargo, Aristóteles ve que existen posibilidades que escapan a su *telos*; pues a pesar de la existencia de un mismo principio para todo, existen cosas que cumplen con su finalidad, pero también otras que jamás la cumplen, porque su origen ha sido producto del azar.

No obstante, cabe remarcar una salvedad: cuando el azar se interpone en la cadena causal y lo que falla es solo un fin como medio, no hay mayores dificultades; pues, eso no altera o distorsiona el fin último de la cosa particular ni el orden cósmico, simplemente es una indeterminación momentánea. Pero cuando el azar se da directamente en la procreación de un ser vivo, y lo que falla es la primacía de la forma sobre la materia, y se da a la inversa: éstos jamás podrán cumplir su *telos*. Su existencia será entonces y como efecto, siempre en vano ya que nunca podrán cumplir con su finalidad. A estas últimas las llama monstruos. Se las considera anomalías, son errores de la naturaleza y por tanto contraproducentes a ella, son excrecencia.

Han sufrido en cierto modo algo monstruoso: pues lo monstruoso consiste en la carencia o exceso de algo. Y es que la monstruosidad entra dentro de las cosas que van contra la naturaleza, pero no contra la naturaleza en su totalidad, sino contra lo que es la normal. (Aristóteles, versión 1994. IV 77b9-12)

Ahora bien, no se puede dejar pasar por alto la diferencia entre azar –*autómaton*- y suerte –*tyché*- en Aristóteles ya que “la suerte se limita necesariamente a la actividad humana.” (Aristóteles, Física. Gredos, Madrid 197 b2). El azar es más amplio que la suerte y esto porque la abarca e incluye, siendo el azar más general y la suerte más específica. El punto de intersección de dos cadenas causales marcadas por el azar es el hecho fortuito. Como aclara la cita, la suerte solo se da en el ámbito de los seres libres. En los hechos casuales lo que tiene primacía son los efectos que la cadena causal podría acarrear sobre los seres naturales, cuando la primacía en la *tyché* no es el efecto sino la cadena causal de donde derivan los sucesos fortuitos.

Acerca del monstruo

Tras un accidente de la naturaleza padecido por su madre en el cuarto mes de su embarazo, la consecuencia fue: el hombre elefante.

La vida es una continua sorpresa. Considere el destino de la pobre madre de esta criatura atacada en el cuarto mes de su gestación por un enorme elefante, un elefante salvaje, atacada en una isla inexplorada de África. El resultado es fácil de ver, damas y caballeros, el terrible hombre elefante. (El Hombre Elefante. Dir. David Lynch. Mel Brooks, 1980)

Así se presenta el espectáculo más llamativo del circo; la exposición de semejante rareza a un público movido por la curiosidad. En este discurso se haya una explicación del monstruo a través del conocimiento de las causas. Aquí, las palabras sorpresa y destino tienen la misma acepción que la palabra azar en la teoría del Estagirita. Él es concebido como un monstruo y, por ende, tratado como tal. En el circo, su propietario no hace más que golpearlo, azotarlo y mortificarlo para que el elefante ponga en marcha todo ese andamiaje de masa informe, compuesta de carne y huesos torcidos —pasando a tomar el lugar de deforme en el discurso del otro: aquello que tanto asusta, asombra y divierte a los espectadores por ser excepcional, único en su especie. Este castigo corporal lo recibe en tanto que monstruo; en ningún momento en el circo lo llaman John ni lo tratan como a un hombre. Consecuentemente, actúa dentro del lugar que le ha sido asignado; no tiene elección alterna a ésta: se muestra como objeto de espectáculo, baila rudimentariamente —lo que sus enfermas articulaciones permítenle mover. Se muestra como el objeto en el que lo ha constituido el discurso del otro, quedando tomado por él; no se ha subjetivado. Hay una relación de poder y subordinación donde el objeto es pasivo y se encuentra sometido al sujeto.

No obstante, cuando el doctor lo encuentra, comienza en cierta medida, la vida simbólica, la vida del hombre Merrick. Habla, escribe, dibuja, se muestra humanizado: puede vislumbrarse un movimiento por deseos, aunque desdibujado por las mutilaciones de su cuerpo, detrás de eso que antes parecía ser un conjunto de materia informe (que había adquirido la forma del discurso que lo tomaba); pero estéril en sí misma y sin definición alguna.

Así pues, caballeros, debido a esta serie de condiciones: la exostosis congénita del cráneo; las protuberancias papilomatosas; las masas pendulares sin conexión con la piel; el enorme engrosamiento del miembro superior derecho, que afecta a todos los huesos; la gran distorsión de la cabeza y la extensa área de protuberancias papilomatosas, el paciente ha sido llamado ‘El hombre elefante. (Ibídem)

Nuevamente, hay explicación para la monstruosidad: la deficiencia en la constitución biológica del cuerpo. Ya no se apela a la causa accidental -el azar- como en el discurso anterior, sino a la falla en la causa formal. En estas líneas es catalogado como paciente clínico, algo que debe ser analizado desde un sujeto con autoridad para desplegar los

conocimientos específicos que permiten dilucidar el proceso que deriva en tal resultado particular.

Detrás de aquel cuerpo biológico malformado, de momentos emerge un cuerpo deseante. El proceso de subjetivación es el que lo ha llevado a esa libidinización. De ser meramente *Zoé*, aquellas marcas culturales que empiezan a aparecer en John son indicios de que comienza a definirse de algún modo una pertenencia al *Bios*. He aquí que John grita: “— ¡No! ¡Yo no soy un elefante! ¡Yo no soy un animal! ¡Yo soy un ser humano! Yo soy un hombre.” (Ibídem). Al tomar la palabra y predicarse como hombre, él mismo se otorga un lugar en el espacio público.¹

Empero, no puede terminar de cumplir con la esencia de un hombre “normal”. Sigue siendo un monstruo, pero en vez de ser un fenómeno de circo, es un incurable en un hospital. No puede cumplir ninguna función más que esa; y nunca fue ni será libre: mientras que antes era la propiedad de un circo, ahora su dueño es el Instituto Hospitalario.

En el campo de la biología aristotélica, el monstruo es aquello que no puede cumplir con su causa final, como le sucede a Merrick, lo monstruoso es una anomalía que se produce por azar: prima la materia por sobre la forma. Consecuentemente, lo nacido de un error no cumplirá con el *telos* de la naturaleza, no será más que un accidente durante el tiempo que exista. Sin más, es contraproducente al orden.

Se producen también errores en las cosas hechas artificialmente (Por ejemplo, el gramático comete una incorrección al escribir y el médico se equivoca en la dosis del fármaco). Por lo tanto, es evidente que estos errores se pueden producir en las cosas naturales. Pues si hay cosas artificiales en las que lo producido se ha hecho correctamente con vistas a un fin, y también otras hechas erróneamente cuando el fin que se pretendía no se ha alcanzado, lo mismo puede suceder en las cosas naturales, y los monstruos serían errores de las cosas que son para un fin. (Aristóteles, versión 1995. 199b5)

Por las noches, la vida de John sigue siendo muy desoladora, pues, los fantasmas de su monstruosa vida lo siguen visitado y atormentando: no dejan de recordarle que él es anormal, todo un monstruo. Y que habiendo nacido como error, jamás podrá librarse de la concatenación de errores que determina su existencia. La naturaleza está determinada por los que forman parte de la “normalidad”: lo que irrumpe en su excepcionalidad, fuera de la norma, aunque pujan por su inclusión, no es por naturaleza parte de aquel sistema. Al fin, solo se presenta como aquel equívoco que aparece descolocado, dislocado, desequilibrado.

¹ En los discursos anteriores, había una explicación por causas; no obstante, desde una lectura de las Categorías no parecería predicarse de John Merrick ninguna Ousia Segunda, por lo que no encontramos que pudiera entrar en la categoría de substancia. Hace falta que él mismo predique de sí que es hombre para poder ingresar en ese sistema.

En la escena en que el doctor lo invita a tomar el té a su hogar, John le confiesa lo dolido que se siente por haberle fallado a su madre, y habla de ella de la siguiente manera: “—Ella tiene el rostro de un ángel. Yo debí haber sido una gran decepción para ella. (...) ¡Si solo pudiera encontrarla! Si ella pudiera verme con amigos tan amorosos, quizás ella podría amarme tal como soy.” (El Hombre Elefante. Dir. David Lynch. Mel Brooks, 1980).

Aunque él siempre ha deseado cumplir con un fin, y mientras dice que él ha querido “ser un buen hombre” para hacer feliz a su madre; deviene siempre en angustia, ya que ve la imposibilidad de cumplir con la esencia de aquello que a él le hubiera gustado ser, pues él no es, de ninguna manera, un hombre para aquel mundo.

Cuerpos deseantes

Lo inesperado aparece e irrumpe lo simbólico derrumbando toda realización de la causa final, eso impensado es el acontecimiento mismo de la subjetivación; la libertad de aquel cuerpo con elefantitis que despierta cargado de deseos. Se corre de su lugar, rechaza la subordinación a lo impuesto y reclama desde una carencia —el amor que siempre le ha sido negado. Aquel momento de irrupción fue dicho tanto por el Circo como por el Instituto Hospitalario como a-normal o monstruoso; surcando los límites de lo simbólico, resultó la mostración más real. La criatura es la mismísima presentificación del sistema nervioso que siente, capaz de experimentar dolor, y también, amor.

Nos provoca rechazo porque revela la carne deforme, la putrefacción. En definitiva, la corporalidad del cuerpo-viviente es lo que permite la presentificación de la muerte misma, en tanto que es ella la que va dejando sus marcas en nosotros tras el paso del tiempo. Y consecuentemente, recuerda lo que somos hoy. Cuerpo dotado de vida.

Pero ¿la vida consistiría en que podamos sentir, en un presente de materia frágil sometida cada instante a la degradación? Sentir placer y dolor son los requisitos que constatan que el cuerpo está vivo. Pero ¿la mera materialidad es aquello que hace que yo sea? Yo soy un cuerpo pensado, ordenado y constituido. Este cuerpo es pura representación; despliego en el ser la proyección de mi conciencia. Pero lo que se somete a la alteridad es la materia, la deformidad, la fealdad. Es la criatura quien nos revela lo que nos es más cercano, el carácter desagradable de la muerte. El horror que genera lo llamado monstruo es por ser esa inmundicia, el otro que apesta. Inmundicia que también somos nosotros, no solo mañana, sino también hoy que estamos vivos y somos cuerpo material.

El problema del malestar que nos genera el monstruo (el otro) aparece cuando éste reclama un lugar diferente del designado en el discurso (como Ello), pero no cualquier lugar, sino su palabra en el espacio público, su “Yo” que le es negado. Este es un organismo que trastorna nuestros aprioris y subvierte el pensamiento, pues escapa a la lógica de la cotidianidad y quiebra todo esquema naturalizado. "A la gente le asusta lo que no puede llegar a comprender" dice Merrick.

El doctor pretende medir la vida con una determinada proyección de cuerpo. Pero ha olvidado que todo tiene derecho a ser, aún lo que no ha podido ser jamás. Y el monstruo no se trata de una máquina, se trata de un cuerpo libre y deseante. Es por eso que

reclama un lugar; un espacio que le ha sido negado. Toda cartografía es formulada en función de una posición; y aquello que se encuentra en los márgenes, a veces, puja por su aparición.

El disfraz inconsciente de las necesidades fisiológicas bajo el abrigo de lo objetivo, ideal, puramente espiritual, se extiende hasta lo aterrador —y muy a menudo me he preguntado si es que, considerado en grueso, la filosofía no ha sido hasta ahora, en general, más que una interpretación del cuerpo y una mala comprensión del cuerpo. Detrás de los más altos juicios de valor por los que hasta ahora ha sido dirigida la historia del pensamiento, se ocultan malos entendidos acerca de la constitución corporal, ya sea de los individuos, de los Estados o de razas enteras. Se puede considerar a todas esas audaces extravagancias de la metafísica, especialmente sus respuestas a la pregunta por el valor de la existencia, por lo pronto y siempre, como síntomas de determinados cuerpos. (Nietzsche, 1999. “Prólogo a la segunda edición”, §2. En adelante: GS.)

Referencias

- Aristóteles, Física. Traducción: R. de Echandía. Gredos, Madrid; 1995.
Aristóteles, Reproducción de los animales. Traducción: Ester Sánchez. Gredos, Madrid; 1994.
Aristóteles, Categorías. Traducción: Eduardo Sinnott. Colihue, Buenos Aires; 2009.
Nietzsche, F. La ciencia jovial. La Gaya Scienza. Traducción: José Jara. Monte Ávila Editores Venezuela; 1999.
Film: El Hombre Elefante. Dir. David Lynch. Mel Brooks; 1980.